

INTRODUCCIÓN: DE NUEVO, LA FRATERNIDAD

Libertad, igualdad y fraternidad: así se formuló, como epítome magistral, el programa completo de la Ilustración. Con él se resumía un ideal anhelado por la humanidad desde siempre, aun cuando no lo supiera a ciencia cierta, ni se dieran las condiciones más apropiadas para su realización. En cierto modo, los ilustrados esperaban de la naturaleza humana las respuestas más positivas a su programa: ¿quién no iba a querer gozar de la libertad en el máximo de los programas posibles? ¿Quién podía rechazar la igualdad como el horizonte de una humanidad pacífica y capaz de llevar adelante sus planes de vida?

Los últimos doscientos años de nuestra historia como humanidad han dependido, en su desarrollo, de la expansión exitosa, aunque a veces violenta y revolucionaria, del programa ilustrado, aun cuando sus efectos más beneficiosos no hayan alcanzado a todos por igual. Incluso podemos decir que el programa ilustrado ha tenido tanta fuerza persuasiva que ha visto cómo le han ido creciendo enemigos asustados por la pérdida de privilegios que podía suponer que los anhelos de libertad, igualdad y fraternidad comenzaran a realizarse.

Y es que las realizaciones ilustradas, sobre todo en las dimensiones de la libertad y la igualdad han sido incontestables, aunque sean imperfectas o parciales. No vivimos en el mejor de los mundos posibles ni la libertad y la igualdad son asuntos ganados de una vez para siempre ni en todos los lugares habitados por seres humanos. De hecho, la afirmación del progreso racional como confianza ilustrada no deja de ser un reconocimiento de que vamos a estar siempre a una cierta distancia del ideal, al mismo tiempo que vamos a poder comparar dónde estamos respecto del pasado y del futuro. En cualquier caso, los avances en las distintas sociedades del planeta están movidos por el deseo de conquistar una mayor

libertad e igualdad, así como los dramáticos retrocesos solo significan una cosa: que alguien ha perdido libertades, que unos pocos han salido ganando y que la igualdad ha quedado herida.

La fraternidad, acaso hermana pequeña de la libertad y la igualdad, no ha tenido tanta fortuna, quizá por un problema serio de definición de sí misma o por la identificación de la fraternidad deseada con una comunidad de origen basada en la lengua, la cultura o el territorio. La fraternidad está todavía en la sala de espera de la Ilustración, aguardando el momento de entrar en escena mientras contempla cómo los doscientos años de proceso ilustrado manifiestan lo lejos que estamos de habernos vinculado como humanidad a partir de aquello que indica nuestro común origen y nuestra posibilidad de vivir como hermanos y hermanas en libertad, igualdad y diferencia.

De un modo exploratorio podemos definir tridimensionalmente la fraternidad. Hay una dimensión antropológica de la fraternidad que se refiere a nuestro común origen como especie ya que, de algún modo, nos vincula unos a otros al mismo tiempo que nos abre a otras especies vivas. La fraternidad también señala una dimensión social, dinámica y cambiante, motivada por nuestra capacidad cooperativa, que nos ha dotado de indudables ventajas evolutivas con relación, sobre todo, a aquellos que no pertenecen a nuestro grupo de referencia. Y, finalmente, está la dimensión política de la fraternidad, vinculada a la construcción de instituciones que protejan nuestra común humanidad, articulen jurídicamente la cooperación entre extraños e impulse prácticas sociales que contribuyan al progreso paulatino de la fraternidad. Que esta definición sea precisa no significa que alcance ejemplos de su realización, antes bien, se pone de manifiesto que la fraternidad es un horizonte de aspiración de la humanidad, pues del reconocimiento de nuestro común origen no se sigue el compromiso con los otros ni el reconocimiento activo de las diferencias, ni siempre nuestra capacidad cooperativa trasciende el nosotros sobre el que se funda, y la historia de nuestras instituciones políticas es un ir y venir del reconocimiento y el pacto al rechazo y el conflicto porque la libertad y la igualdad pujan con más fuerza que la fraternidad, siempre más vulnerable.

Por esto mismo, la fraternidad como programa ilustrado por venir precisa de una defensa y de algunas bases sobre las cuales

asentar un proyecto duradero. La fraternidad no puede jugar un papel único y protagonista en la nueva Ilustración que promovemos en el siglo XXI: precisamente lo que pretendemos es una Ilustración plural que necesita superar la dicotomía dominante de libertad e igualdad abriendo las puertas del futuro a la fraternidad. La Ilustración solo será plural si las tres hermanas bailan juntas, aunque tal baile se nos antoje complicado y necesitado de no pocos ensayos.

La fraternidad se muestra aún más necesaria en nuestro presente y todavía más deseable porque ella es el modo en el que se despliegan nuestros recursos naturales como especie basados en el aprendizaje social y la cooperación y, por tanto, la fraternidad no hace más que referir, en un nivel conceptual, lo que ya está inscrito en nuestra naturaleza. Aunque en este ensayo defendemos las buenas razones de tal visión, también mostraremos sus límites, pues si bien nuestros recursos naturales nos inclinan en la dirección de la fraternidad y la hacen posible, sin embargo, no señalan ni los caminos de su realización ni los criterios con los que saber si estamos alcanzando lo que necesitamos. También vemos conductas basadas en la cooperación social en otras especies animales y difícilmente lo interpretamos en términos de fraternidad. La fraternidad es, sobre todo, un concepto político vinculado a lo antropológico y social, pero se refiere a un nivel de complejidad mayor que no puede quedar reducido a un mero automatismo de la especie. Por esto mismo, hemos de comprender la necesidad de la fraternidad, al menos, en un doble sentido: como un recurso ya disponible en nuestra especie que nos inclina a la cooperación con los otros y a la mutua concordia y como aquellas situaciones históricas que señalan a la fraternidad como noción política que movilice nuestros recursos y dispare, de algún modo, nuestros anhelos de un mundo mejor.

Por tanto, será también la situación histórica la que dote de significado la necesidad que tenemos de fraternidad. ¿Cuál es nuestra situación, entonces, que pide más y mejor fraternidad? Como acabamos de describir, la historia de realizaciones de la Ilustración ha consistido en una lucha por la consecución de los máximos posibles en la libertad y en la igualdad, muchas veces considerando que no era posible conjugar ambos ideales: o libertad o igualdad. Quizá la alianza, frágil y limitada a Europa y América del Norte, entre democracia y bienestar material después de la

Segunda Guerra Mundial haya sido el mejor intento al que se ha querido dar continuidad y forma jurídico-política en la Unión Europea, de conjugar tanto la libertad y la igualdad. Pero tal empeño se ha mostrado frágil en la medida en la que no ha encontrado un soporte humano, social y político adecuado que mantuviera vivo el horizonte de una vida humana en común cuyo anhelo fuera la libertad e igualdad de todos. Tal soporte no es otro que la fraternidad, que ante las dificultades y las crisis no huye ni se repliega, sino que busca el modo en el que todos, en especial los que están en peores condiciones, puedan seguir adelante con sus vidas. Sin la fraternidad no hay proyecto ilustrado realizable, pues es la fraternidad la que ofrece un destino a la libertad y la que modera los impulsos, muchas veces ciegos, de la igualdad.

Vivimos tiempos en los que el necesario reconocimiento de las diferencias como legítimas en el orden social normativo ha ido dando paso a una nítida, y muy peligrosa, irritación de las identidades en las que estas se comprenden solo con relación a aquellas a las que se oponen y donde su autoafirmación se convierte en el fin último de toda identidad. Es claro que todas las identidades entendidas como la definición de lo que somos aspiran a poder realizarse en libertad y en igualdad, pero, al mismo tiempo, también es cierto que no es posible que lo hagan solo desde el dinamismo de la autoafirmación, pues toda autoafirmación es dialéctica, necesita al otro como fuente para afirmarse y, la mayoría de las veces, lo necesita conflictivamente. La fraternidad es una suspensión de toda autoafirmación dialéctica, al mismo tiempo que una invitación al desarrollo de identidades capaces de afirmar lo mismo y lo otro, o quizá mejor, capaces de no vivir lo diferente como aquello frente a lo que afirmarse. No solo cabe el conflicto en el juego social de las identidades: la fraternidad es la exploración de la cooperación, incluso de la compasión como dinámica de las relaciones.

Finalmente, no podemos pasar por alto que hemos vivido, al menos hasta la pandemia de la covid-19 y la guerra de Ucrania, una situación de globalización intensa que ha provocado, entre otras cosas, una aguda crisis política tanto de representación como de soberanía. Asimismo, la globalización nos está dejando la aguda conciencia que vamos asumiendo de la mutua dependencia de los seres humanos entre sí, por más lejos que estén los unos de los otros. Nos sabemos vinculados los unos a los otros gracias a una

suerte de sabiduría popular del caos y de la conexión y a, precisamente, unos medios digitales que achican todas las distancias mostrando que nuestras diferencias, aun siendo evidentes y marcadas, no son tan determinantes en las relaciones sociales como sí lo son el poder político, los intereses económicos o el simple y puro placer de dominar a los otros. Esta interdependencia, además, se ha vuelto más evidente con la conciencia ambiental y la situación ecológica de nuestro planeta. Sabemos que nuestras acciones individuales se conectan entre sí generando consecuencias y estados de hechos ambientales que son más que la mera suma de cada acción personal y, además, hemos comenzado a tomar conciencia de nuestra relación con otras especies no humanas y de nuestras posibles responsabilidades para con ellas. Por eso, más acá de los significados sociales y políticos de la globalización, se advierte una significación antropológica e, incluso, ontológica que nos pide que miremos con ojos críticos tanto la pretensión moderna de fundar lo real sobre un sujeto dominador como la derrota posmoderna de no poder ser más que nada. Advertimos, como fruto maduro de nuestra globalización paradójica, la apertura de un territorio ontológico en el que la categoría de relación se imponga como protagonista, lo cual no dejará de tener profundas consecuencias sobre la consideración del ser humano. Desde esta ontología de la relación es posible mostrar la necesidad de la fraternidad en la sociedad y en la política y su íntima conexión con anhelos humanos todavía por realizar.

La fraternidad es, por tanto, una necesidad permanente de la especie humana que ha adquirido matices propios en nuestro presente. Pero su dinámica no se agota en la necesidad, pues su motor más poderoso es el deseo, ya que la fraternidad, ante todo, la deseamos con todas las ambivalencias propias del mundo del deseo. El deseo de fraternidad no está libre de algunas sombras, pues con facilidad puede convertirse en un mal sueño si, movida por el futuro de concordia que proyecta, construye una realidad que no tiene en cuenta a los seres humanos reales y, entonces, su sueño despertará pulsiones oscuras y producirá no pocas pesadillas. Si la fraternidad no desarrolla propuestas concretas y realizables, entonces sí será una mera ilusión que alimente discursos biensonantes que en nuestro mundo pronto se convierten en lemas que adornan camisetas, tazas y sesiones de formación empresarial.

Que la fraternidad sea un deseo significa que vemos como posible que todos aquellos recursos que tenemos como especie puedan dirigirse en la dirección de unas conductas personales e instituciones sociales donde los vínculos de los seres humanos basados en la cooperación, la interdependencia y la compasión sean reconocidos, promovidos y respetados. Podemos usar todos estos recursos solo en beneficio propio o de nuestro grupo —se llame clase social, raza, familia o nación—: la fraternidad, sin embargo, es el deseo de lo humano más allá de nosotros mismos y nuestros grupos y el deseo de no quedar atrapados en la propia subjetividad e identidad, trascendiendo las propias condiciones sin hacer de las contingencias algo absoluto y fijo. En definitiva, la fraternidad es el deseo de lo humano por venir que ya está dado como posibilidad en nuestro presente.

La necesidad y el deseo de fraternidad no se dan porque sí: tenemos múltiples ejemplos en nuestro mundo, desde las relaciones internacionales entre países hasta las interpersonales en las familias, de que lo que manda es la supuesta necesidad de poder o riqueza, el deseo de autoafirmación de lo propio y la violencia en grados e intensidades diferentes, como instrumento más eficaz para alcanzarlo todo. La fraternidad, para que sea real y duradera necesita un *ethos*, es decir, de un carácter que la sostenga y este carácter es el pluralismo.

El objeto de este ensayo es mostrar cómo cultivar este *ethos* pluralista para activar y sostener el deseo de fraternidad, un *ethos* que requiere de una serie de hábitos cognitivos, emocionales y valorativos que contribuyan a crear una disposición dinámica y abierta frente a la diversidad social y las diferencias identitarias. Una apertura que consiste en acogerlas no como amenazas o bajo la estructura de una relación amigo y enemigo, sino como posibilidades de lo humano que pueden encontrar el suelo común en el que convivir. Pero el pluralismo no es solo una disposición moral acerca de la diversidad y la diferencia: también es la creatividad para articular socialmente esta disposición y lograr, así, unas instituciones sociales, jurídicas y políticas inclusivas. El pluralismo, además, no se define con relación a una situación fija (esta diversidad en este momento), sino que busca la continua pluralización de su propio pluralismo. El *ethos* pluralista, entonces, es un carácter crítico de un modo eminente, pues no se conforma con señalar,

únicamente, los límites de la sociedad y sus exclusiones, pues considera que la crítica es óptima cuando es autocrítica. El carácter pluralista se sabe, en todo momento, incompleto y en camino y, por eso mismo, ejerce una crítica continua sobre sí mismo.

El humus que alimenta la fraternidad es el *ethos* pluralista, por lo que puede convertirse en una de las claves para la renovación del deseo de fraternidad en nuestro mundo. Renovar este deseo no deja de ser un modo de actualizar el ideal de la Ilustración en nuestra vida contemporánea. Esta renovación no puede ser más oportuna pues asistimos, desde hace ya unas décadas, a la emergencia de nuevas subjetividades que multiplican la diversidad social, generan diferencias y reclaman su propio espacio de reconocimiento, acogida y participación. Sin un *ethos* pluralista las subjetividades, que acaban siendo siempre posiciones que buscan el dominio y la autoafirmación, no se abrirán a la construcción de un mundo para todos. Además, tal *ethos* pluralista nos pone en una mejor situación de partida para las intensas negociaciones que nuestra identidad ha de protagonizar en el nuevo escenario mundial de un planeta amenazado por el crecimiento humano, industrial, digital y económico ilimitado. ¿Cómo comenzar a vivir alternativas a nuestro actual modo de vida sin una disposición abierta a la diversidad y la diferencia? ¿Cómo sostener los compromisos medioambientales con el resto de los seres humanos, con la Tierra como sistema vivo, con otras especies no humanas sin una apertura a una relación que, indudablemente, nos transformará? La globalización, paradójica, y la revolución digital son también oportunidades únicas para esta renovación del deseo de Ilustración, pues estamos ante posibilidades inéditas de explorar nuevas formas de vincularnos que no se circunscriban únicamente a territorios, fronteras y lógicas nacionales. Quizá este sea el eón de la fraternidad, pero necesitamos verlo y estar en condiciones de vivirlo mientras lo atravesamos.

Todas las oportunidades son, al mismo tiempo, amenazas, pues la emergencia de diversas subjetividades trae consigo una irritación de las identidades, que se inscriben como tatuajes eternos. Del mismo modo, la nueva conciencia relacional que reclama un nuevo contrato social medioambiental se puede quedar en la cosmética acomodada de separar basuras o usar la bicicleta mientras mantenemos los viejos hábitos industriales. La globalización beneficia más a unos pocos y menos a la mayoría, sobre todo si la economía

pretende colonizarlo todo aliándose con las peores versiones de la tecnología digital, aquella que pretende que creamos que somos reducibles, en nuestra gloriosa diversidad y diferencia, a datos y algoritmos. El pluralismo es el *ethos* que renueva nuestro deseo de fraternidad y, por tanto, ofrece un horizonte de realización a una Ilustración que todavía está por venir.

Este es un libro que contiene, en sus distintos capítulos, un modo reconocible de hacer filosofía y que consiste, sobre todo, en dos trabajos. El primero de ellos radica en explorar lo que puede estar en la raíz de los asuntos sin dar por hecho que las raíces están siempre bajo tierra, pues a veces están a la vista, pero no advertimos que son raíces. En este ensayo consideramos que el pluralismo es una de las raíces de la fraternidad y, por tanto, dedica la mayor parte de sus páginas a analizar esta cuestión. El segundo de los trabajos a los que se dedica la filosofía, tal como la entiendo, es el trabajo con los conceptos: establecer sus límites, rehacer sus definiciones, evaluar su capacidad referencial, incluso inventar o proponer algunos nuevos. En este ensayo el lector encontrará mucho trabajo conceptual que he considerado necesario hacer para que la propuesta sobre la fraternidad que aquí definiendo esté asentada sobre un suelo bien nutrido y no se convierta en un sermón piadoso. He optado por no utilizar ningún aparato crítico y académico que pudiera entorpecer la lectura directa, pero al final del libro el lector interesado podrá encontrar un comentario bibliográfico que da cuenta de las principales obras consultadas y discutidas y que se contienen, también, en este ensayo.

También este es un libro de filosofía porque aspira a ofrecer una visión amplia y fundada de sus propias tesis. Para ello tiene que dedicar no pocas páginas a cuestiones que suelen ser poco apreciadas por el lector culto e interesado por los temas que aquí tratamos, pero quizá poco paciente con las cuestiones ontológicas y epistémicas a las que se dedican los dos primeros capítulos del libro. He dudado mucho si incluir estos en la versión última del libro, pero, finalmente, he considerado necesario explicitar que no se puede hablar de un *ethos* pluralista que alimenta la praxis fraterna si no se advierte al lector de que tal *ethos* supone un modo de conocer y de concebir lo real. Los dos primeros capítulos tratan de arrojar luz sobre esta cuestión y su productividad se comienza a entender en los capítulos que los siguen. Asimismo, son capítulos

que buscan al lector que quiere discutir sobre la raíz de los problemas y se propone, o bien la refutación de todo o parte de lo que expongo y defiendo, o bien la continuación de las investigaciones en aquellos puntos más oscuros o en aquellos lugares que aquí solo vislumbro pero que apenas exploro.

No obstante, si el lector se impacienta con estos capítulos, podrá ir directamente a los capítulos tercero, cuarto y quinto, en los que se desarrolla toda la cuestión del pluralismo y la fraternidad relacionada con las dimensiones antropológicas, éticas y políticas. Confío en que la lectura parcial de estos capítulos anime a la lectura de las cuestiones epistémicas y ontológicas contenidas en los dos primeros.

Detrás de un libro hay siempre una historia colectiva. En mi caso esta historia está marcada por mi oficio de profesor tanto en la universidad como en los cursos que llevo organizando desde hace veinte años en Madrid para personas que están interesadas en ampliar y cuestionar su visión del mundo gracias a la filosofía. Si este libro piensa cómo hacer posible la fraternidad es porque esta pregunta ha surgido muchas veces en las clases que he impartido sobre cuestiones filosóficas diversas. Por ello, es de justicia agradecer a todos los estudiantes de estos cursos su atención, sus preguntas y su estímulo.

Otros espacios que han movido esta reflexión han sido el mundo familiar, asociativo y comunitario que comparto cotidianamente alrededor de las personas con alguna discapacidad intelectual y la colaboración ocasional con las Aulas de Cultura, impartiendo conferencias sobre filosofía que la organización Solidarios para el Desarrollo impulsa en los distintos centros penitenciarios de la Comunidad de Madrid. Allí donde se palpa la fragilidad, la vulnerabilidad, el fracaso educativo y social, la violencia, el desamparo junto con los vínculos sociales, la esperanza y la generosidad es donde se muestra la necesidad de un *ethos* pluralista que sostenga el trabajo cotidiano, aquí y ahora, que realiza la fraternidad que esperamos.

Ricardo Pinilla, director del departamento de Filosofía de la Universidad Pontificia de Comillas, acogió con generosidad e ilusión este manuscrito que ve su luz como libro en la editorial de la Universidad en la que nací a la filosofía y en la que me doctoré. Agradezco mucho a Ricardo su diligencia.

No quiero dejar de mencionar a mi amigo y maestro José Luis Villacañas: pequeñas conversaciones robadas en un pasillo de la Facultad, en un trayecto de coche, clases compartidas en las que ha dispersado con generosidad abundante su enorme sabiduría o audios de WhatsApp han alimentado, discretamente, no pocas de las reflexiones que aquí se contienen. A él va dedicado este libro como sentido homenaje a uno de mis maestros de vida adulta.

Madrid, 7 de mayo de 2024.